



IV

La segunda fase del renacimiento religioso.—Los apolo-
gistas.—Frayssinous. — "El Papa,".— El renacimiento
religioso deriva hacia el catolicismo liberal.—Lamen-
nais.—Reaparece el hábito.—Lacordaire.—Monta-
lembert.—Ozanám.—Exaltación democrática.—Luis
Veuillot.

El gran movimiento religioso que empezó
á producirse á á la caída del Imperio, y
que se enlaza estrechamente con el romanti-
cismo, si ya no es el propio romanticismo, en
forma genuinamente espiritualista, tomó al
pronto aspecto de reacción contra la Enciclope-
dia y el terror jacobino. En su segunda fase, el
espíritu liberal late ya en él, insinuado. La obra
de desintegración comienza, en medio de un
splendor que tiene tanto de triunfal.

Lo que constituye la unidad de un período
tan agitado y efervescente como el que se ini-
cia hacia 1814 y decae hacia 1845, es el im-
pulso general de renovación. Todo germina,
todo florece, en una especie de fiebre de cre-

cimiento vital, de esas fiebres que no aniqui-
lan, sino que exaltan las facultades y las po-
tencias, descubriendo horizontes de esperanza
y evocando ilimitadas perspectivas. La inteli-
gencia, llena de confianza en sí misma, se em-
barcaba todas las mañanas en una de las cara-
belas de Colón. La multitud seguía á la inteli-
gencia con docilidad entusiasta, convencida
de que encontraría tierras recónditas, nuevos
paraísos, ó por lo menos recobraría el Edén
perdido, la verdad enterrada por la fatal filo-
sofía de la Enciclopedia, y que, cual la hija del
conde de Barcelona, permanecía viva en su
sepultura.

No se deduce de lo que voy diciendo que el
período romántico fuese de unanimidad y con-
cordia: sabemos que era de combate y estré-
pito, de choque fragoroso. Mas las controver-
sias y las polémicas de aquel tiempo ostenta-
ron ese sello de sinceridad vehemente que ca-
racteriza á las edades heroicas del pensamiento
y del sentimiento, entre las cuales debe con-
tarse, sin género de duda, el romanticismo. Si
me preguntan en qué se distinguen las edades
heroicas intelectuales, diré que es justamente
en la incansable esperanza y en el ardiente
anhelo de encontrar la verdad, y también en
el convencimiento de haberla descubierto y
sacarla á luz, coronándola.

De tantas aspiraciones y luchas; de tal per-
suasión de la victoria; de aquel programa ideal
que comprendía, en la esfera política, la con-
ciliación de la libertad con el orden; en la re-

ligiosa, la armonía constante de la razón y la fe; en la filosófica, la depuración y fusión de todos los sistemas, y en arte, la suprema fórmula de la vida y la pasión, queda, por lo menos, en el cielo un rastro lumínico, en medio de la crepuscular melancolía de lo presente.

Tal vez nos inclinemos á suponer que entonces, en el apogeo del romanticismo, apareció una raza de hombres superiores á los contemporáneos nuestros, dotados de más ricas facultades, de energías más poderosas. Sin afirmarlo ni negarlo, me parece preferible otra suposición: la masa se encontraba predisuelta. Los hombres excepcionales necesitan fondo y ambiente, y aquéllos lo tenían. La muchedumbre ansiaba oír, aprender, creer; y del terreno removido por la espada, fertilizado por la sangre, como la cuenca del Nilo por las avenidas y riadas, brotaron los genios. Nada revela la virtud generadora de ese ambiente caldeado y electrizado por el entusiasmo, como el espectáculo de dos tribunas: la filosófica y la sagrada.

Napoleón había restablecido el culto mediante un Concordato con Pío VII. La Iglesia transigía con los compradores de bienes nacionales; el Estado protegía el ejercicio de la religión católica y su independencia. Aceptó la Iglesia esta situación, pero no pudo menos de recordar que bajo el antiguo régimen poseía la quinta parte del territorio, percibía el diezmo, no toleraba disidencias y sancionaba la constitución de la familia. Quedábale el deseo y casi la necesidad de la lucha para re-

conquistar lo perdido. La Restauración borbónica dió, naturalmente, alas á este afán. Carlos X y el volteriano Luis XVIII coincidieron en intentar reformar el Concordato en sentido ultramontano. Luchando con la sociedad nueva, se pretendía volver á la tradición del derecho divino, restableciendo leyes como la del sacrilegio castigado con la mano cortada—, que ya ni aplicarse pudo—. La persecución revolucionaria había hecho al clero popular; la protección restauradora le hizo tan odioso, que en 1830 los sacerdotes no se atrevían á vestir en la calle sus hábitos. La Monarquía de Julio evitó que el clero influyese en la política oficial; entonces le vemos recobrar su prestigio y el hábito religioso aparece en el seno de la representación nacional. Ténganse en cuenta estas fluctuaciones para comprender la batalla que se libró en el terreno intelectual, filosófico y literario.

Al tratar del movimiento religioso hasta el fin del romanticismo, fijan la atención dos episodios principales: las disensiones entre galicanos y ultramontanos, y la explosión del catolicismo liberal. Las primeras nacieron de un formidable libro del conde de Maistre, ariete y cimientó á la vez, titulado *El Papa* — con otro que viene á ser su apéndice ó coletilla: *La Iglesia galicana en sus relaciones con el Soberano Pontífice*—, donde el autor pulveriza á Pascal y á los jansenistas y acorrala á Bossuet, cuya pluma y palabra aquilifera servían de fundamento al episcopado francés en sus alardes de

relativa independencia respecto á la Santa Sede. Otro teórico fogoso iba á proseguir la obra del conde de Maistre, acabando de arrancar la raíz del galicanismo; pero el espíritu de la Iglesia francesa aún encontró defensor en el respetable Frayssinous. Este sacerdote, que ha sido comparado á Massillon, supo, ya desde la época del Imperio, atraer á sus pláticas de San Sulpicio, diferentes del clásico *sermón*, un auditorio de gente seria, ansiosa de aprender á creer, y explicó con moderación y claridad los puntos controvertibles de la doctrina y la tradición histórica. Prohibidas por el despotismo imperial estas pláticas, cuando la Restauración devolvió á la tribuna religiosa su libertad, volvió Frayssinous á su púlpito después de cinco años de forzoso silencio, y eligió para asunto, no ya los dogmas y la moral cristiana, sino la Revolución, en sus causas, efectos y fines. La persecución sufrida y la importancia del tema, entonces novísimo y cadente, valieron al fervoroso catequista de la juventud una ovación muda, la única á que el predicador puede aspirar. Dedicado desde entonces á la cátedra sagrada, Frayssinous reunió sus conferencias en una obra que tituló *Defensa del cristianismo*, y que si no llena las exigencias de la apologética de hoy—como tampoco *El genio del cristianismo* de Chateaubriand—por el influjo que ejerció merece no ser relegada al olvido. Lamennais, que entonces aún no había comenzado á disentir de Frayssinous, decía de él: «Ha sido suscitado por la Providencia un orador, capaz

de confundir á la incredulidad con lógica poderosa.»

Mas estos méritos de Frayssinous, la integridad y dignidad de su carácter, el desinterés y honradez de su apologética, su previsión de que el problema del porvenir religioso de Francia estaba en la instrucción pública, y de poco serviría la represión política si se abandonaban el aula y la escuela, no bastaron para reanimar al galicanismo. Las doctrinas del conde De Maistre sobre la primacía y autoridad suprema de la Santa Sede cundían y hacían prosélitos hasta entre los obispos galicanos; á ellas se adhería el catolicismo joven, bautizado con la sangre de los mártires de la Revolución; á ellas se afiliaban Lamartine y Lamennais. El dogma de la infalibilidad cuajaba en las conciencias. Las convulsiones revolucionarias, dividiendo al clero francés en juramentado é injuramentado, habían roto la unidad del sentimiento nacional y afirmado el eje espiritual fuera de Francia.

He hablado ya de José de Maistre; si hoy repito su nombre es para decir que fué maestro y guía de los primeros pasos de un hombre en quien al pronto vieron sus contemporáneos á otro San Agustín, y que después, fulminado como el ángel caído, sirvió de escándalo y aflicción de sus antiguos admiradores; se advina que me refiero á Lamennais (1).

(1) Hugo Felicidad Roberto Lamennais. Nació el 19 de Junio de 1782. murió el 27 de Febrero de 1854.

Nació este apóstata, que en los primeros siglos de la Iglesia hubiese sido formidable herejarca, en San Malo, en una casa de la misma calle donde años antes Chateaubriand había venido al mundo. El alma sombría del celta, su imaginación nebulosa, se revelaron en Lamennais desde la niñez. Huérfano de madre y muy enfermizo, fué uno de esos chiquillos de ojos verdes y cara pensativa que los provincianos del Noroeste solemos encontrar en las playas de nuestra tierra, y que, en vez de jugar, miran fijamente el ir y venir de las olas. Espíritus inquietos y amargos como el Océano, pero poéticos y soñadores.

Aunque penetrado de impulsos místicos, desde la adolescencia fluctuó Lamennais entre la incredulidad y la fe; su vocación eclesiástica, precedida por una infeliz pasión amorosa, fué tardía y como violenta; anduvo reacio para ordenarse, cual si presintiese que por aquel camino no llegaría á encontrar la paz. Bretón legítimo, afiliado á la escuela católico-monárquica de Chateaubriand y el conde De Maistre, la duda le atormentaba desde la adolescencia.

Eran, no obstante, preocupación continua para él las cuestiones religiosas, y antes de los treinta colaboraba con su hermano Juan en dos libros de apologética y de historia de la Iglesia. Este hermano era ya sacerdote: Felicidad Roberto Lamennais no lo fué hasta 1815.

Ni aun al decir su primer misa se sentía convencido; por extraña vacilación, se le vió

ponerse lívido y casi desmayarse al consagrar.

De Maistre y su escuela atrajeron á Lamennais, y en el periódico *El Conservador* inició una campaña en pro de la enseñanza religiosa, señalando al catolicismo el escollo de las instrucciones oficial y laica. También rebatió las teorías de Odilon Barrot, el cual sostenía que puede haber tantas creencias como ciudadanos y que la ley es necesariamente atea. Revelóse ya desde entonces Lamennais polemista vigoroso y hasta descompasado y acre, siendo la naturaleza de su talento semejante á la áspera costa bretona, erizada de escollos y arrecifes, azotada por espumas que encrespa el huracán. Sin embargo, era casi desconocido todavía cuando en 1818 dió á luz, bajo el velo del anónimo, el primer tomo de una obra titulada *Ensayo sobre la indiferencia en materias religiosas*. Fué la publicación un suceso magno: la vibración inicial del renacimiento religioso persistía aún; la campana tañía, el órgano gemía en los corazones, y las generaciones jóvenes solicitaban argumentos y bases para la fe. Tenía el *Ensayo* un estilo suasorio, ardoroso y altivo, una dialéctica apretada, el paso seguro y resuelto de quien camina por el firme terreno de la verdad; y lejos de transigir con el error y guardarle miramientos, tratábale como á ciego y á niño incorregible, y le fustigaba con desdeñosa ironía. Hasta entonces, dice acertadamente un expositor de Lamennais, el catolicismo se había defendido; con el *Ensayo*

tomaba la ofensiva. Ventaja tan considerable, que el insigne catequista Frayssinous, preguntado qué pensaba del autor del *Ensayo*, respondió con cristiana modestia: *Illum oportet crescere, me autem minui*. «Él tiene que crecer, yo que menguar.»

Dícese que, no obstante la victoria de aquel primer volumen del *Ensayo*, la gente previsora no acertó á evitar cierto indefinible recelo, nacido, no sólo del carácter apasionado que delataba en su autor, sino de algunas proposiciones peligrosas asomando entre la crítica más ortodoxa. Alarmaba también el núcleo de discípulos indiscretamente celosos que se formaba en torno de Lamennais, esperando de él nada menos que una revolución teológica, é infiltrando á la vez en el alma del maestro aquella tentación de orgullo que San Agustín ha declarado tan fuerte é insinuante, y que lleva á preferir la alabanza del hombre al favor de Dios.

Se habían agotado cuatro ediciones del primer tomo del *Ensayo*, y corrido tres años desde su publicación, cuando apareció el segundo, preparado por el autor con intensa y concentrada energía, para que fuese, si era posible, más allá que el primero. Demostróse en él, no obstante, el aforismo de que nunca segundas partes fueron buenas. Contenía el libro, en su extenso prefacio, un admirable análisis pulverizador de la Reforma, que no echó en olvido nuestro Jaime Balmes cuando escribió *El protestantismo comparado con el catolicismo*; en cuanto al principal cuerpo de doctrina de la

obra, era la aplicación del principio de autoridad á la adquisición de la certidumbre. Esa autoridad, según Lamennais, residía en Roma, en la persona del Sumo Pontífice. La proposición adolece de excesiva. Hay otros motivos de certeza, y los echaba al suelo Lamennais, abriendo así la puerta al escepticismo, el enemigo que pretendía combatir. El peligro era patente; el mismo conde De Maistre se asustó de aquel terrible hermano gemelo que le nacía, y hubo de darle, con prudentes reticencias, la voz de alarma, escribiéndole estas palabras verdaderamente humildes: «¿Qué es la verdad? Ya sabe que Jesucristo, el único que podía responder á tal pregunta, no respondió.»

Desde la publicación de este segundo tomo, acogido con tanta reserva por los pensadores y los teólogos cautos, Lamennais sentó el pie en el resbaladizo declive por donde muy pronto había de precipitarse. Caída de la cual no hay ejemplo de que haya salido moralmente vivo un sacerdote católico. De todos los destinos tristes, el más triste es acaso el del hombre que sin poder arrancar de sus unguadas manos la indeleble consagración, llevando, como la señal de fuego de Caín, la marca del sacramento, rueda desde una altura ideal hasta el fondo de las pasiones humanas. Si posee el don del genio—y Lamennais lo poseía—sufre ese genio como un suplicio más, como un peso abrumador que redobla la velocidad de la caída.

No perdieron á Lamennais las tentaciones de los sentidos, sino otra tentación más insi-

diosa: la soberbia (1). «Tenía Lamennais—escribe uno de sus biógrafos—esa terrible confianza en sí mismo y ese olímpico desdén de la autoridad jerárquica, escollo donde tropiezan los más grandes.» En su primer viaje á Roma, el Papa le acogió con afecto. A su vuelta, rodeado de entusiastas discípulos, fundó el Seminario de Vannes, donde fué profesor Rohrbacher, el historiador de la Iglesia. La situación de Lamennais era eminente, pero él la creía mucho más. Atrevióse, en efecto, dos años después de publicado el *Ensayo*, á amonestar públicamente á Frayssinous, que ya ostentaba el anillo pastoral; y cuando el arzobispo de París reprendió su demasía, en vez de someterse, replicó con desabrimiento. Sin embargo, aspiró bastante tiempo á no perder el calor maternal de la Iglesia. Extremando la lógica hasta sus últimas consecuencias, apretó los tornillos al Gobierno para que eligiese entre los principios de la Revolución ó los de Roma, en el libro *De la religión considerada en sus relaciones con el orden político y civil*; por este libro, el Gobierno le encausó, el episcopado francés se puso de parte del Gobierno, y Lamennais, impaciente y rabioso, hízose de golpe republicano—republicano católico todavía—. La prenda que dió al republicanismo fué otro libro con el epígrafe

(1) Reciente está el desabrimiento de una correspondencia entre Lamennais y su amiga (por espacio de treinta y seis años). Madama Cottu, y es de lo más limpio y espiritual que cabe.

Del progreso de la revolución y de la guerra contra la Iglesia; obra destinada á ensalzar la libertad, la independencia del clero agrupado al pie del solio pontificio.

La revolución vino en 1830, y al punto Lamennais, lleno de ilusiones, fundó el periódico *El Porvenir*, cuyo lema era «Dios y libertad», *Papa y pueblo*, y cuyo programa puede llamarse un ultramontanismo democrático. A su alrededor, como colaboradores, se agrupaban nada menos que Lacordaire, que todavía no era el orador de Nuestra Señora, y Montalembert, que hasta seis años después no había de escribir la *Santa Isabel de Hungría*; algún prelado, y muchos notables publicistas católicos. Alarmó al episcopado francés la campaña del *Porvenir*; el alboroto llegó hasta la Santa Sede, y Lamennais, á fin de vindicarse, se dirigió á Roma, en compañía de Montalembert y Lacordaire; mas no obtuvo audiencia del Papa, y presto apareció una Encíclica condenando las doctrinas del *Porvenir*. Aparentó Lamennais someterse; hubo una especie de reconciliación, y se retiró al campo, pero fué para meditar en la soledad y en el despecho el opúsculo titulado *Palabras de un creyente*, del cual dijo el Papa, en otra Encíclica, que era chico por el tamaño, cuanto grande por la perversidad.

Es justo decir que la influencia de las doctrinas de Lamennais, en sus artículos del *Porvenir*, decidió la formación de esa Constitución belga que hizo posible el desarrollo del catolicismo más ilustrado y eficaz socialmente que

conocemos: es necesario reconocer que, al apreciarse los resultados del sistema que Lamennais preconizaba, una corriente de rehabilitación se ha iniciado en favor suyo entre el clero francés. Una cosa es esto, y otra que se nieguen sus extravíos.—Volviendo á las *Palabras de un creyente*, acabo de releer este librito, llamado también la *Apocalipsis del demonio*, y lo confieso: á la distancia que ya nos separa de la época en que vió la luz y consiguió tan prodigioso número de ediciones, y fué traducido á todos los idiomas del mundo, me parece una de esas anticuadas máquinas de guerra que se conservan á título de curiosidad en los Museos. Las *Palabras de un creyente*, por su vivo colorido, por su exaltación poética, son puramente románticas. Lo que sin duda prestó fuerza á ese opúsculo—amén de las circunstancias—fué la extrañeza del estilo, cortado en versículos y artificiosamente calcado en el del Antiguo y Nuevo Testamento, remedando los vuelos de águila del de San Juan en Patmos. He aquí una muestra de las *Palabras de un creyente*, que descubre el *pasticcio*, la mezcla de la afectada sencillez antigua y del fondo democrático y tribunicio á la moderna: «No tenéis más que un padre, que es Dios, y un maestro, que es Cristo.—Si alguien os dijere que los poderosos de la tierra son vuestros amos, no le creáis.—Si fueren justos, serán vuestros servidores; si injustos, vuestros tiranos.—Iguales nacemos todos: nadie, al venir al mundo, trae consigo derecho á mandar.—He visto en la cuna á un

niño que llora y se baba, y en torno suyo ancianos que le llaman *Señor* y se postran adorándole; y he comprendido toda la miseria del hombre.—Nuestros pecados han hecho á los príncipes; príncipes tenemos, porque los hombres no se aman los unos á los otros, y buscan quien los mande.—Si, pues, alguien viniere á vosotros y os dijere: *Sois míos*, responded: No, somos de Dios, que es nuestro padre, y de Cristo, nuestro único maestro.»

El anatema de la Iglesia cayó por fin sobre la cabeza del autor, que ya había olvidado hasta las fórmulas de la sumisión aparente y contestó á la Bula condenatoria con un libelo. En esto vino á parar el acérrimo teócrata, el que poco antes quería someter al Papa, no sólo las conciencias, sino la soberanía y acción temporal de todos los monarcas del mundo, y resucitar aquella concepción de la Edad Media en que la potestad secular era la luna y el Papa el sol, ante el cual palidecía. Desde este previsto desenlace, Lamennais, convertido en tribuno, se lanza á la política activa; pero, como el Cimourdain de la novela de Hugo, no acierta á prescindir del carácter que imprime el sacerdocio, y le vemos siempre inquieto por las cuestiones religiosas, siempre deseoso de ejercer acción espiritual, y sintiendo formarse en torno suyo el hielo de la soledad, ese aislamiento que sufren los que abandonaron el hogar de su alma. Algunos siglos antes, lo repito, Lamennais pudo ser un gran heresiarca, un Arrio, un Prisciliano, un Lutero; en nuestro siglo no fué

sino un descentrado, una hoja arrancada que el viento se lleva. El autòr del *Ensayo sobre la indiferencia* no supo ser indiferente, ni resignarse á la separación, y afirmaba con una ingenuidad que en él no podía nacer de ignorancia, que, á pesar del entredicho y de los folletos contra el Papa, seguía siendo tan ortodoxo como en aquéllos primeros y claros días de su vida de escritor, cuando parecía despuntar en él un Padre de la Iglesia, un apologista sublime. Y mientras tanto, Montalembert, Lacordaire, Gerbet, habían huído de él: morían los periódicos que fundaba, y hasta se le iba de entre las manos su único prosélito, Jorge Sand, que en sus *Memorias* describe el estado moral de Lamennais y le retrata enfermo, desconfiado, ulcerado y acercándose ya á la última etapa de una vida que acaba por un entierro laico en la fosa común, sin que un solo discípulo lllore sobre los despojos del que, si alguna ambición alimentó, fué la del apostolado.

Vivo contraste con esta figura torturada forma la muy serena de Lacordaire (1). No los comparo en cuanto escritores: Lacordaire es, sobre todo, orador, y en los dominios de la elocuencia sagrada, fértiles en la patria de Bossuet, de Massillon y de Bourdaloue, raya tan alto como Lamennais en la prosa. El terreno estaba preparado para que brotase un orador religioso extraordinario: cuando Lacordaire

(1) Enrique Lacordaire. Nació en Regey-sur-Ource, 13 Mayo 1802: murió en Soreze, 21 Noviembre 1861.

hizo resonar su voz en las naves de Nuestra Señora, le habían abierto camino, desde veinte años antes, las conferencias de Frayssinous en San Sulpicio y la obra apostólica y santa de las Misiones interiores, llevadas á cabo por el Padre Rauzán. Empresa modesta y casi olvidada, tuvo, sin embargo, la de las Misiones interiores momentos de sublimidad, y de sublimidad artística, porque si la elocuencia se propone causar en el ánimo movimientos bellos, y si esta belleza puede pertenecer al orden del sentimiento, no cabe desconocer que fué de divina hermosura el arranque oratorio del Padre Rauzán cuando, al terminar la misión de Nantes, al erigir la cruz sobre el mismo lugar donde había sido fusilado Charette, imploró de aquel pueblo tenaz y pródigo de su sangre en las luchas civiles el olvido de los odios y de los rencores, y el pueblo contestó unánime con un grito del corazón, eco de una emoción verdaderamente evangélica, uno de esos estremecimientos en que parece que azotan el aire las encendidas alas de un serafín.

Mas el predicador que transformó la elocuencia del púlpito, y rompiendo sus tradiciones clásicas y solemnes, la impregnó del espíritu del romanticismo, fué Enrique Lacordaire, que por la audacia, novedad y elevación de los conceptos; por el resplandor de la palabra, semejante á una espada desnuda, y por la adaptación de la retórica sagrada á las exigencias y aspiraciones de la época presente, fué el jefe nunca igualado de una escuela en que habían

de afiliarse los Ravignan, los Félix y los Dupanloup. Unidos un momento por el correr de las ideas, Lamennais y Lacordaire difieren en el carácter. Lacordaire, nacido en una familia en que predominaban las aficiones científicas, hijo de un médico, hermano de un profesor de Historia Natural, de esa sangre borgoñona que también corrió por las venas de Lamartine y que da equilibrio al temperamento, no tuvo la niñez soñadora y contemplativa de Lamennais: era un buen estudiante, un aplicado alumno, y al presentarse en el mundo parecía un abogado formal y de porvenir. A los veinticinco años sufrió su correspondiente crisis de melancolía romántica, su ataque de la enfermedad de René; pero en él tenía que ser pasajero; su espíritu necesitaba calma y esa alegría robusta que producen la realidad y la acción. Lacordaire era entonces volteriano y deísta; de pronto, por medios que el hombre desconoce, verificóse el cambio; lleno de regocijo tierno y humilde, como el niño que, perdido en las tinieblas, siente una mano vigorosa coger la suya y una voz afectuosa decirle palabras de cariño, dejó el mundo, entró en el Seminario de San Sulpicio y se ordenó sacerdote.

Una circunstancia distingue á Lacordaire de los primeros grandes pensadores religiosos del período. El vizconde de Chateaubriand, el conde de Maistre y el vizconde de Bonald enlazaban estrechamente el catolicismo con el antiguo régimen y la monarquía; Lacordaire, desde el primer momento, y en esto coinciden

él y Lamennais, aparece prendado de la causa de la libertad y hasta inclinado á la democracia. Por eso, cuando Lamennais, despues de la revolución de 1830, funda su periódico con el significativo título de *El Porvenir*, Lacordaire corre á afiliarse bajo su bandera, reconociendo por maestro al demócrata cristiano. La idea de los Lacordaire y los Montalembert, que no ha dejado de abrirse camino, era que no convenía á los altísimos intereses de la religión ser confundidos con los de la monarquía y la aristocracia, ni con los de ningún partido político, así fuese el más poderoso; que la importancia social y moral del catolicismo es eterna, y transitoria la de los partidos; que la Iglesia está mejor libre que á sueldo del Estado, y que se podía en Francia y en todas partes ser católico fervoroso sin sombra de legitimismo. No ha de negarse que la obra pacificadora de León XIII complacería absolutamente á Lacordaire. Este, por otra parte, atendió á conservar encendida la lámpara, guiándose dócilmente por Roma, y cuando fueron reprobadas, no precisamente las tendencias, sino las exageraciones y osadías del órgano de Lamennais, la sumisión, en éste ficticia, fué en Lacordaire sincerísima y perseverante.

Poco después inició Lacordaire sus *Conferencias* bajo las bóvedas de Nuestra Señora, la primer cátedra de París, por consiguiente, la primer cátedra entonces del mundo civilizado. Era su vocación, era su camino, desahogar la plenitud romántica en aquel templo romántico

por excelencia, en las amplias naves que añadían vibraciones á su voz melodiosa de orador. Lacordaire era innovador, y no lo negaba, persuadido de que la oratoria sacra debe cambiar de matices, como cambia de colores el camaleón de la mentira y del mal bajo el sol de cada siglo. Era también atrevido, y lo comprendía: volaba sin querer, arrebatado por el estro; sentíase llevado á las cimas, pero nunca sufría el vértigo; su simpática humildad, de verdadero cristiano, le enseñaba á no perderse en el desierto abrasado donde agonizaba Lamennais. El carácter de éste siempre había sido desagradable y repulsivo á Lacordaire, cuyas cualidades eran la sensibilidad, la franqueza, la humanidad, la naturalidad y, sobre todo, el arte de hablar de lo que interesa al auditorio, de ser el hombre moderno que se dirige á la gente de su siglo, y aun tratando de verdades eternas, sabe descubrir el aspecto actual y relativo de esas mismas verdades.

Ya en la cumbre de la oratoria, vencedor y dominador de un público que tal vez había entrado allí con el corazón blindado, con ínfulas de juez, y que salía conmovido; apoyado en su fe y guiado por la fija luz de Roma, Lacordaire aspiraba á más; quería ser un foco psíquico y ver crecer y propagarse una espiritual familia. Para conseguirlo, concibió una poesía romántica en acción. Pronunció los votos, vistió el hábito de los Hermanos Predicadores, y restableció en Francia la ínclita Orden española de Santo Domingo de Guzmán. Esta gloriosa

creación del siglo XIII, inspirada por la fuerza del Verbo que remueve al mundo, se ofrecía al orador sagrado del romanticismo con toda su gallardía de aguja ojival; la Orden era, á su modo, otro templo de Nuestra Señora; la imaginaria del pórtico representaba filósofos, ascetas, sabios, iluminados y mártires, cantados en los tercetos del Paraíso de Dante Alighieri. El centro soñado por Lacordaire fué esa Orden extinguida, que al soplo de su ardiente boca iba á resurgir.

Y resurgió, en efecto, y nunca apareció Lacordaire revestido de mayor aureola ante su auditorio entusiasta que cuando en 1841, contra la opinión de gente muy conspicua—del mismo Rey—, vistió el hábito y se destacó sobre el púlpito de la catedral de París, con el blanco sayal, con el monástico cerquillo, fraile—fraile como San Antonio de Padua, como San Buenaventura, como Santo Tomás, como esos insignes atletas de las Ordenes mendicantes, que en la Edad Media italiana supieron juntar en íntimo lazo los mismos sentimientos que Lacordaire profesaba: el amor ardiente de la patria y de la libertad, y la incondicional adhesión á la Santa Sede. Tal fué el coronamiento de la vida religiosa de Lacordaire, y á él responde su libro *Historia de Santo Domingo de Guzmán* (por cierto muy inferior á la de *Santa Isabel de Hungría*, de Montalembert).

Recordemos una amistad de Lacordaire, que nos hará observar un caso extraño: la existencia de un *salón religioso*; el de madama

Swetchine. Realizó esta virtuosa dama, consorte de un general ruso y amiga de la nata y flor de los emigrados franceses y especialmente del conde de Maistre, el tipo singular de la santa mundana. Con un pie en la más sincera piedad, y otro en el trato social más delicado y cortés, y sin embargo, ni beata ni frívola, madama Swetchine es digna de mención en la historia literaria y en la del movimiento religioso, más aún que por sus cartas filosóficas, por la creación original de su salón, único en su género, un salón cristiano. sin intolerancia ni alardes de inoportuna mojigatería, pero donde las opiniones y las creencias se armonizaban y los adalides del catolicismo se reunían, se conocían, se entendían, se contaban y calculaban su fuerza. Con los nombres de los tertulianos de madama Swetchine podría escribirse la historia religiosa de Francia desde 1845 hasta 1857—dice uno de sus biógrafos. El único reparo que al tal salón he oído poner, es que el catolicismo sólo estaba representado allí por nombres aristocráticos, y que si se pudo llamar á madama Swetchine una madre de la Iglesia, fué madre de la Iglesia del arrabal de San Germán. Esta censura revela que, por muy religioso que le consideremos, un salón es siempre un salón, es decir, una selección social. Sin embargo, para Lacordaire, que no era ningún descendiente de los Cruzados, se abrieron de par en par las puertas del salón de madama Swetchine, y entre el gran orador y la santa mundana se formó una de esas amistades, de

alma á alma, del género de la de madama Guvón y el autor del *Telemaco*, y de las cuales conserva bastantes ejemplos la historia. El papel de madama Swetchine en la existencia de Lacordaire fué el de consejera evangélica; cuando las censuras de la Iglesia recayeron sobre las doctrinas del periódico *El Porvenir*, en que militaba Lacordaire bajo las enseñas de Lamennais, la mansedumbre, la docilidad de la leal amiga guiaron al amigo á la sumisión sin restricciones. Cuando, vestido ya el hábito de dominico, Lacordaire pasea en triunfo su elocuencia por las provincias de Francia, donde la muchedumbre se reúne bajo sus ventanas á victorearle, á madama Swetchine escribe estas satisfacciones que la flaqueza humana saborea, aunque la humildad se tape los oídos.

La paz y perseverancia de Lacordaire es el reverso de las agitaciones y variaciones continuas de Lamennais. Estos hombres á quienes la inspiración religiosa, la más alta de todas las inspiraciones, la más relacionada con el sentimiento, coloca en alto lugar, alumbrando al mundo, cuando caen, no caen solos; se llevan consigo la fe de otros á quienes sostenían. Hay una frase de Lacordaire que demuestra cómo comprendía esta verdad. «Aun cuando no hubiese—dice—sino un alma pendiente de la mía, sería en mí un deber no contristarla. Mas si somos el lazo de unión de muchas almas, el punto á donde miran para cobrar ánimos y consolarse, no hay sacrificio que arredre.»

Otra figura noble, seria y consecuente del joven catolicismo liberal fué el conde de Montalembert, nacido en Inglaterra, orador parlamentario celebradísimo en la Cámara de los Pares, historiador y hagiógrafo, autor de la importante obra *Los monjes de Occidente* y de la preciosa leyenda dorada *Santa Isabel de Hungría*. Estos libros, traducidos y estimados en España, hemos de considerarlos como dos productos naturales del romanticismo, dos síntomas de su influencia ya decisiva en el orden religioso y en el histórico. La restauración del arte gótico, del sentimiento de la nacionalidad y de la poesía de la Edad Media, inspiraron lo mismo las páginas severas de *Los monjes de Occidente* que la vidriera de colores donde se desarrolla la mística historia de la landgravesa de Turingia.

Hay un género de belleza sentimental en el catolicismo que no se había percibido hasta la época romántica, aun cuando floreciese desde muchos siglos antes. Los que crearon el arte de la Edad Media, trovadores, arquitectos, cronistas, escultores, vidrieros, imagineros, tallistas, forjadores, pintores; los que elevaron esos monumentos que hoy nos parecen una Divina Comedia que escribe en piedra su profundo simbolismo, ¿sentirían como nosotros; comprenderían así, por un estilo tan hondo y delicado, la expresión de lo que ejecutaban? Misterio que no aclararemos jamás. Lo cierto es que en la Edad moderna, desde el período romántico, esa forma del arte se ha revelado á

nuestro espíritu, y ha suscitado en él ideales antes desconocidos y nuevas tendencias. No solamente produjo esas nuevas tendencias, sino que se hincó tan adentro en algunas almas, que, por decirlo así, las formó á su imagen y semejanza, imbuyéndolas de la melancolía hermosa que nace de la religiosidad estética, y es como la nostalgia de un cielo soñado. Almas tales son almas de poeta, aunque hayan escrito en prosa; y entre ellas contamos á Federico Ozanam (1).

El apologista cristiano que acabo de nombrar pertenecía á una familia de origen israelita; es decir que era de raza religiosa. Si Lacordaire fué un convertido, Ozanam mamó con la leche los sentimientos de piedad y devoción. Nacido en Milán en la época del destierro de su padre, se educó en Lyon, y aprovechó las enseñanzas de un sacerdote ilustre, que desarrolló los gérmenes ya vivos de su fe: no la fe del carbonero ni la del fanático, sino la más culta y enriquecida de sabiduría, en las doctrinas del catolicismo elevado, generoso y filosófico que entonces practicaba una escogida pléyade. Para ser un católico como Ozanam necesitábase dones naturales de inteligencia y carácter, y virtudes congénitas, que, sin esfuerzo, conduzcan la voluntad hacia el bien, y la alumbren con la belleza ideal y la acendren y depuren. Otros católicos, deseosos de llegar

(1) Antonio Federico Ozanam. Nació en Milán, 1813; murió en Marsella, Septiembre 1853.

á este estado que envidiaría Platón, tienen que luchar contra el hervidero de sus inclinaciones y pasiones, medirse cuerpo á cuerpo diariamente con el tentador, y salir de la pelea ensangrentados y sin aliento. Entre estos luchadores pueden contarse hasta santos: verbigracia, San Jerónimo. No así Federico Ozanam, que estaba orgánicamente predispuesto á la santidad. Si no tenemos atribuciones para llamarle santo, creo que podemos ver en él á un justo, un obrero infatigable de la viña, y además, como antes he dicho, una de esas naturalezas poéticas, copas de puro cristal en quienes todo choque produce una vibración musical larga y misteriosa.

Cuando el joven Ozanam pudo levantar el vuelo desde Lyon á París, deseo de todo mozo ansioso de cultura, su primer homenaje fué para Chateaubriand; y razón tenía, pues el cantor de *Los Mártires* era el revelador de la hermosura del cristianismo, de su inagotable contenido estético; Ozanam le saludó conmovido y conservó perenne recuerdo de la entrevista; pero el gran amigo que encontró en París fué el sabio físico Andrés María Ampère, cuyo hijo, el incansable viajero y fecundo escritor, había de compartir el culto dantesco de Ozanam. Ampère padre recibió á Ozanam con los brazos abiertos, le admitió en su laboratorio, no se desdeñó de asociarle á sus experiencias y entabló con él una de esas comunicaciones efusivas que son puertas y válvulas de desahogo para las inteligencias pletóricas de ideal. Cierto

día que conversaban acerca de las maravillas de la naturaleza, el sabio, acostumbrado á escrutarla y estudiarla, se cogió de improviso la cabeza entre las manos, y, como arrebatado de lirismo, exclamó: «¡Qué grande es Dios, Ozanam! ¡Qué grande es Dios!» En este arranque puede resumirse el sentido de la vasta obra de Ampère y también de la de Ozanam. Aunque de género tan distinto, las dos proclaman la magnificencia divina.

Para resumir la biografía de Ozanam, pues no podemos dejarnos llevar del gusto de detallar su hermosa y breve vida, recordemos que, á pesar de su siempre quebrantada salud, adquirió tan vastos conocimientos que á los veintiséis años su brillante tesis ante la Facultad de Letras le valió una ovación, no tardando en ocupar en la Sorbona el puesto de suplente del famoso y eruditísimo catedrático Fauriel, y en reemplazarle cuando murió. Las lecciones de Ozanam congregaron á una juventud entusiasta, saturada de cristianismo y de romanticismo; entre esta misma juventud había reclutado Ozanam, años antes, siendo todavía un menesteroso estudiantillo, los ocho socios con quienes instituyó la Sociedad benéfica de San Vicente de Paúl, hoy extendida por todo el mundo cristiano y en España arraigada profundamente. El día en que Ozanam tuvo esta idea, no era ilusión de su espíritu aquella creencia romántica que tenazmente profesó de que su madre, muerta hacía tiempo, no cesaba de encontrarse á su lado. El estudiante, desde su

buhardilla, hizo una obra de caridad espléndida.

Evitemos la tentación de considerar sólo los actos de Ozanam, y tratemos de sus libros, que actos son también, actos de fe y de esperanza. «Ningún hombre de corazón—escribe el mismo Ozanam—aceptará el duro cargo de escribir sin que una convicción le domine.» Él escribía, quién lo duda, bajo el impulso de una convicción calurosa que le penetraba alejando la duda, la indiferencia y el escepticismo. No por eso se crea que lo más loable en Ozanam son las intenciones (triste elogio en verdad para el escritor). Si bien Ozanam no consiguió en vida ruidosa celebridad, y aunque en su manera pueda señalar la crítica defectos, y excesos de lirismo, sus dotes de artista son grandes y las dos ó tres ideas nuevas (dos ó tres ideas nuevas es mucho) desarrolladas en sus obras, ejercieron una influencia que aún persiste. El fin de Ozanam, desde los quince años, fué aquel mismo pensamiento ambicioso que quiso realizar Chateaubriand en *El Genio del Cristianismo*: el anhelo de todas las épocas en que se agita el pensamiento, anhelo que en la Edad Media produce la Suma teológica, y en el siglo XVIII la Enciclopedia.

Ozanam quería escribir nada menos que una *Demostración de la verdad de la religión católica por la antigüedad de las creencias históricas, religiosas y morales*. La edad viril no borró, pero modificó bastante estos planes de la adolescencia y limitó la ambición apologética al

terreno de la historia; mas Ozanam había observado que el renacimiento religioso en Francia no producía historiadores, y la historia era ó racionalista ó francamente impía; y cumpliendo, como decía él, la palabra empeñada á Dios, contraminando la mina de Gibbón y de su escuela, trazó el programa de una historia de la civilización en los tiempos bárbaros. No quiso Dios que el gigantesco propósito se realizase, y llamó á sí á su siervo Ozanam bien pronto, apenas cumplidos los cuarenta años, que es la edad del vigor y plenitud de conciencia para escribir obras sólidas y duraderas. Murió Ozanam con resignación ejemplarísima, y dejando escritas de su puño y letra estas palabras: «Ya que me llamas, Señor, aquí me tienes.» De su proyecto quedaron, como fragmento y muestra, dos volúmenes publicados bajo el título de *La civilización en el quinto siglo de la Era Cristiana*. Estos debían formar la introducción de la magna obra, de la cual también son episodios los *Estudios germánicos*, y otros libros aún más influyentes: *Dante y la filosofía católica en el siglo XIII*, *Estudios sobre las fuentes poéticas de la Divina Comedia* y *Los poetas franciscanos*. Sainte Beuve, que tenía sobrada malicia profanísima para experimentar por Ozanam simpatía verdadera, reconoce en un párrafo esta virtud de sus libros. «Todos—dice con tinte de malignidad—nos resentimos de la nueva y ruda educación; todos nos agarramos por algún lado á la filosofía escolástica y á lo gótico; la Edad Media se nos

impone y nos domina; todos, en fin, á dosis más ó menos altas, hemos tragado á Ozanam...»

Este elogio ambiguo es, sin embargo, elogio.

¡Dichoso el que consigue descubrir una región y plantar en ella su estandarte! En el terreno de la erudición hay también inventores, y Ozanam es uno de ellos. Al encarecer el valor del trabajo de primera mano, no cuidamos de establecer una importante distinción. Si el erudito trabaja de primera mano sobre materias de última, no hay por qué estimar mucho sus hallazgos, que, á lo sumo, satisfarán curiosidades menudas; pero no modificarán sensiblemente la mentalidad, ni aun la cultura de su generación. El mérito de trabajadores como Ozanam es que supieron escoger, y cavaron, no para exhumar viles guijarros y tejuelos, sino para sacar á luz oro y perlas. Uno de los tesoros que encontró Ozanam fué el rico y bello de los poetas franciscanos, esos trovadores místicos del siglo XIII, que así lanzaban enérgicas invectivas á los tiranos y prevaricadores, como dirigían el enamorado serventesio á la dama Pobreza; arpas que exhalaban el quejido del éxtasis. cantores de un renacimiento religioso y artístico, franciscanos por el fuego del amor, pléyade que precedió á Dante como las estrellas al sol, y derramó por Italia un aura de inspiración, de libertad y de santidad. Sólo por haber interpretado y rehabilitado á los trovadores de la Orden seráfica, y por haber visto en su fundador, ante todo, el poeta y el gran ar-

tista instintivo, habría que contar á Ozanam en el número de los felices inventores.

He dicho que los dos episodios capitales del movimiento religioso en Francia durante el romanticismo fueron la lucha de ultramontanos y galicanos y el catolicismo liberal. En ambos encontramos la huella de un hombre de genio, gran prosista, de los mayores que Francia ha poseído en este siglo, católico vehemente, atleta incansable: Luis Veuillot (1). Aunque proceda del impulso romántico, realmente pertenece á la transición, al segundo Imperio. Bajo el pontificado de Pío IX, la voz más apasionada que oímos es la de Luis Veuillot, y en su corazón podríamos contar los latidos del sentimiento católico. La Iglesia, aunque reprimiese, ya severa, ya benignamente, el celo excesivo de los discípulos del conde de Maistre y desaprobase la concepción radicalmente teocrática de Lamennais, procuraba la unidad absoluta, la sujeción filial é incondicional del Episcopado, preparando la declaración dogmática de la infalibilidad: al mismo tiempo, sin dejar de complacerse en la obra de los Lacordaire y los Montalembert, no podía menos de oponer restricciones á las tendencias del catolicismo liberal. Antes de que los hechos y la experiencia demostrasen que el sufragio universal, el régimen parlamentario y la libertad política no son panaceas, el catolicismo lo había comprendido

(1) Luis Francisco Veuillot. Nació en Boynes-Loyret, 1813: murió en París, 1883.

y lo había expresado por boca de Buis Veillot.

Procedían las eminencias del catolicismo liberal de la alta aristocracia, como Montalembert, ó de la burguesía acomodada, como Larcordaire: Luis Veillot venía del pueblo, y del pueblo bajo. Hijo de un tonelero y de una tabernera, de niño quizás sirviese á los parroquianos. La miseria le había señalado hasta en el rostro: era picado de viruelas como son los hijos de los pobres. Las estrecheces y privaciones que ve en su familia, las tiranías y abusos de un patrón, le predisponen á sentir la injusticia social y la simpatía por los desheredados—sentimiento que no advertimos en los demás grandes católicos de su tiempo—, y determinan en él un odio profundo contra la burguesía enriquecida, ahita de carne desde la Revolución, y contra la sociedad capitalista, explotadora sin entrañas del pobre. «La sociedad no tiene misericordia—decía Veillot—y Dios sí, porque es justo. Los ángeles que Dios envía á explorar el fango humano, saben que en él se encuentran perlas, acaso más que en las moradas de los ricos y en los palacios de los grandes...» Con razón se dijo de Luis Veillot que, dada su manera de entender el mundo y la índole belicosa de su genio, á no guiarle las creencias que sinceramente profesaba, hubiese sido el más tremendo de los refractarios y de los nihilistas; un Julio Vallés ó un Ravachol de la pluma. «La sociedad—escribe Veillot—había dicho á mi padre: «Sé sumiso y honrado, porque si te rebelas, te ma-

haremos, y si robas te llevaremos á la cárcel. Pero si sufres, no podemos evitarlo; si te falta pan, ¿qué nos importa?; y si enfermas, al hospital; no tenemos que ver contigo.—Entonces sentí, en la violencia de mi dolor, estallar el anatema. Empecé á juzgar, á conocer esta sociedad, esta civilización, estos pretendidos sabios, que *al renegar de Dios, han renegado del pobre*; han abandonado su alma fatalmente. Y entonces pensé:—Este edificio social es inicuo: será destruído.—Cuando así discurría era ya cristiano; que á no serlo, desde aquel punto mismo me afiliaría en las sociedades secretas.»

En realidad, la conversión de Veillot, que jamás fué librepensador, ni ateo, se redujo al ansia de encontrar objeto y fin para su vida interior, y consuelo indeficiente para la tristeza y la indignación que le producía el estado social, más duro y amargo para el pueblo que el anterior al cataclismo revolucionario. Deseoso de echar el áncora, pasó á Roma, y volvió con una impresión indeleble. Desde aquel punto arregló su vivir y su pluma á sus creencias: pagó sus deudas, sujetó sus pasiones, rezó y practicó lo mismo que una pobre aldeana, y se apareció en la polémica y en el periodismo á estilo de campeón fuerte de Israel, de los que beben de pie en el hueco de la mano. El oficio de católico militante lo desempeñó con una constancia simpática y atractiva, de la cual se deriva la unidad y solidez del escritor. Su estilo forjado, musculoso como el cuerpo de un atleta, ganó poniéndose al servicio de convicciones

bien trabadas y fortificantes. Hay un aspecto de Veuillot que importa considerar, puesto que tratamos del romanticismo, y es que Veuillot supo derivar del catolicismo la condenación de la egolatría individualista, sentando la doctrina de una especie de comunismo ó fraternidad espiritual, que aplica los méritos de los santos á la salvación de los pecadores, y ofrece el sacrificio de cada uno por el bien de todos. La más peligrosa doctrina romántica se transformó así en caridad.

Que Veuillot se dejó arrastrar por el ardor de la polémica hasta la injuria, y que le faltaba ese sentido de la buena educación literaria tan difícil de adquirir si no se ha mamado con la leche, no puede negarse. Su arremetida era colmillada de jabalí, su esgrima popular y sin contemplaciones caballerescas: irónico, sardónico, maestro en la caricatura y en la invectiva, elocuente y nunca verboso, sensible y desengañado, colorista sobrio, realista á veces del género español, lleno de donaire, de sal y de vigor viril, fué en suma un escritor excelso. «*Los Librepensadores y Los olores de París*, dos obras de Veuillot, son—escribe Lemaître—nuestros dos mejores libros de sátira social.»

La campaña de Veuillot y del período *El Universo* contra el catolicismo liberal es memorable, y bien sabemos hasta qué punto ha repercutido en España. Nada indignaba á Veuillot como esos católicos conciliadores, que aquí se han llamado *mestizos* y á quienes él nombraba la última encarnación de Tartufo. Celo

violento é intolerable, que más de una vez moderó severamente quien podía hacerlo, poniendo á prueba la humildad de Veuillot, obligado á someterse y á reconocer que se le había ido la mano. Era como esos mastines demasiado vigilantes que su amo necesita encadenar para que no muerdan. No trato de hacer el panegírico de las ideas políticas de Veuillot; sólo me creo obligada á advertir que sus desafueros tienen excusa en la sinceridad. No se podrá decir otro tanto de muchos que siguieron sus huellas en el combate.

Era Luis Veuillot, á la vez que gran prosista, notable poeta. Es frecuente oír y leer que ha desaparecido en este siglo la poesía religiosa. No juzgo difícil probar lo contrario, y si del concepto vago de religiosidad pasamos al concreto de catolicismo, también cabe afirmar que nuestro siglo ha producido poetas católicos admirables, dignos del XIII: Verlaine, por ejemplo, de quien hemos de decir mucho. En la hueste merece lugar insigne Veuillot, por su bellísima poesía titulada *Epitafio*. Traduciré en prosa dos estrofas.

«Poned á mi lado la pluma: sobre mi frente el crucifijo: bajo mis pies este libro; y clavad en pos el féretro. Después de la última oración, erigid la cruz sobre mi fosa; y si merezco una piedra que me recuerde, escribid en ella: Ha creído, y ahora ve.»

«Decid al recordarme: Ya descansa: ha concluido su dura faena. O más bien: ahora se despierta, y ve lo que tantas veces soñó.»